



Andanzas de una lengua

Jesús Francisco Conde de Arriaga



CONCEPCIÓN COMPANY, EN LA INTRODUCCIÓN del *Diccionario de mexicanismos*, escribe que “la esencia de la lengua es su continuidad y consustancial también a ella es el hecho de que cambia constante e imperceptiblemente”.¹ Vista desde esta perspectiva, la lengua requiere entonces de un doble arrojo que permita conocer su historia y, al mismo tiempo, aferrarse a su movilidad para entender el modo en que los cambios políticos, sociales y culturales de una época determinada inciden e incidirán en ella.

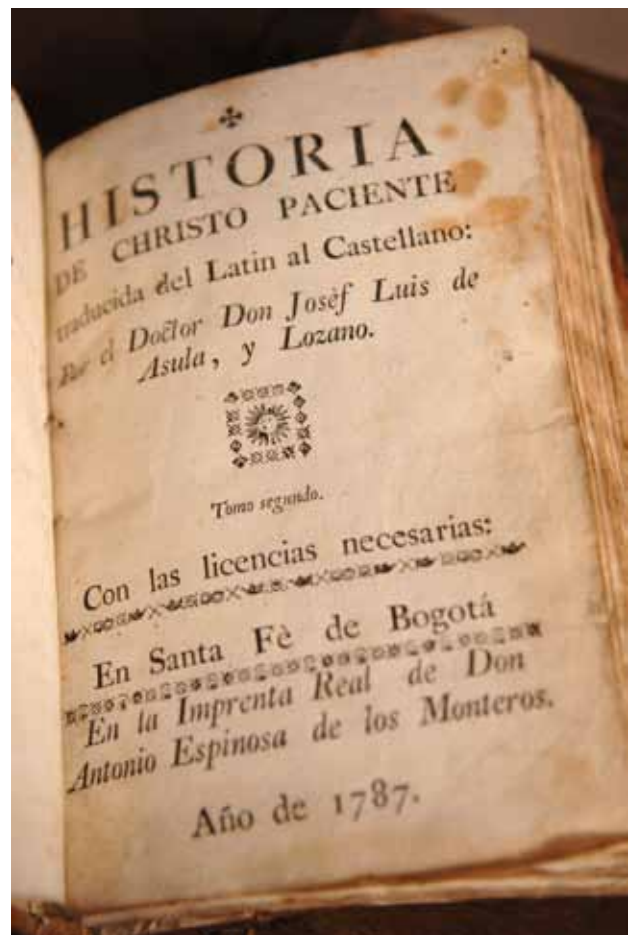
Si se consideran, por un lado, las primeras glosas en lengua romance a los textos en latín y, por el otro, fenómenos tan actuales y peculiares como el *espanglish*, se tiene entonces un campo amplísimo e inagotable de estudio que lleva a repensar y a reconsiderar el papel primordial que la lengua tiene en la conformación de una visión del mundo. La conciencia de la lengua como instrumento de prestigio y hasta de control se manifiesta desde muy tempranas épocas. Pensemos en el término *bárbaro* que utilizaba la cultura griega para designar a quienes no compartían su lengua, o en *popoloca*, que del mismo modo denotaba desprecio por parte de los aztecas a quienes sólo “balbuceaban”.

¹ Concepción Company, “Introducción”, en *Diccionario de mexicanismos*, México, Siglo XXI, 2010, p. xv.

La lengua y su estudio han sido siempre compañeras de tránsito: la Escuela de Traductores de Toledo o Alfonso X (quien inició el proceso de institucionalización del castellano como lengua oficial) dan cuenta de la preocupación que en esferas académicas y políticas suscita el medio principal de comunicación y pensamiento. Si en 1713 se instaura la Real Academia Española con el lema “Limpia, fija y da esplendor”, y alrededor de un siglo después se establecen las correspondientes academias en Hispanoamérica, se puede fácilmente percibir que las preocupaciones lingüísticas crecieron en tanto se incrementó el número de hablantes. El español, nuestra lengua, no tenía ya un solo dueño.

A partir de estas inquietudes Humberto López Morales (doctor en filología románica por la Universidad Complutense de Madrid y actual secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española, además de doctor *honoris causa* de más de una decena de universidades y catedrático de lingüística) emprende un lúcido recorrido por la historia y actualidad de nuestra lengua en el libro *La andadura del español por el mundo*, ganador de la segunda edición del Premio Internacional de Ensayo Isabel Polanco.

Si la lengua es identidad o, para decirlo de otro modo, es el reflejo de una personalidad constituida por el modo de relacionarse con el entorno por medio del cómo se nombra, este largo ensayo propicia el encuentro con ese camino que el español ha transitado para poder reconocernos en nuestra propia historia. El estilo desenfadadamente pulcro de López Morales coincide de manera venturosa con un rigor metodológico evidente; así, *La andadura del español por el mundo*



provoca que en sus páginas puedan coexistir distintas posibilidades de lecturas: desde la del filólogo acucioso hasta la del desocupado y curioso lector seducido por los avatares de nuestro idioma.

El libro se divide en dos partes. “Una mirada al pasado” es un recuento sintético pero iluminador del largo proceso que el español vivió y de la serie de circunstancias históricas, sociales y políticas que acontecieron para poder llegar a nuestros días. Desde la unión de los reinos de León y de Castilla hasta las campañas de reconquista de los Reyes Católicos que “pusieron las bases para la unidad territorial de lo que hoy sigue siendo España” (p. 25), Humberto López Morales explica con claridad y erudición el cambio del castellano al español y la llegada de éste a América.

A partir de la conquista, el español se expandió rápidamente por el continente. El autor escribe que “es sorprendente que a tan pocos años del descubrimiento, y cuando todavía no estaba terminada la conquista de aquellas tierras, ya comenzaran a fundarse grandes

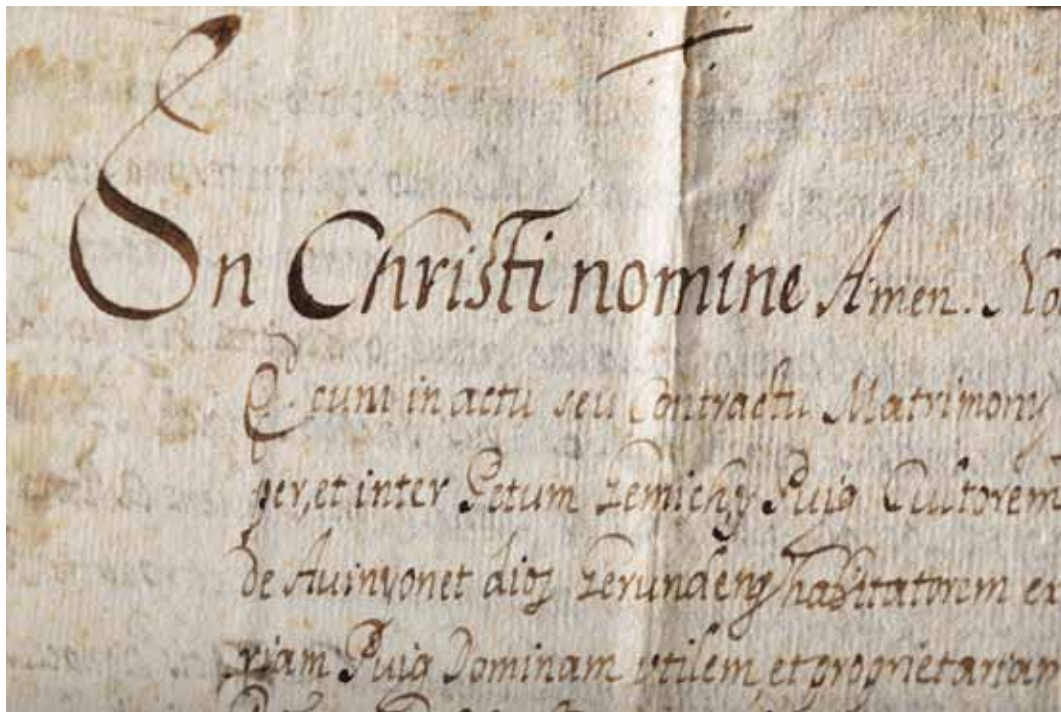
ciudades” (p. 53). México funda su primera imprenta en 1539 y Lima hace lo propio en 1584. Así, el español comenzaba a difundirse y a ser parte de la cotidianidad del Nuevo Mundo.

Aunque López Morales profundiza en la riqueza cultural indígena y reconoce el intercambio benéfico que la colonización dejó en ambos mundos, un detalle significativo es el juicio que hace de incas y aztecas: “había diferencias de mucha consideración. Estos últimos [los aztecas] eran bárbaros, se dedicaban al robo y al pillaje, despreciados por los demás” (p. 66). Si bien es cierto que los aztecas fueron parte de una migración chichimeca expulsada sucesivamente hasta su asentamiento definitivo, el calificarlos de “bárbaros y “despreciados” suena a una simplificación de la realidad.

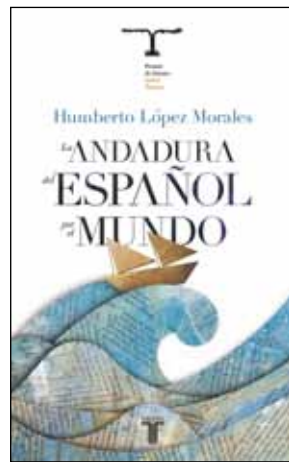
El capítulo “¿Ruptura lingüística con la Metrópoli?” es especialmente sugestivo. En él podemos leer las distintas posiciones que la conciencia de la lengua creó en las mentes hispanoamericanas en

relación con el español peninsular. Una de ellas es el nacimiento de nuevas lenguas en franca correlación con la caída del Imperio Romano y que, a la postre, significó el origen de las lenguas romances. Escribe Juan de Armas en 1882: “El castellano [...] habrá dejado en América, aun sin suspender el curso de su gloriosa carrera, cuatro idiomas, por lo menos, con un carácter de semejanza general, análogo al que hoy conservan los idiomas derivados del latín” (p. 112). La lucha por el distanciamiento lingüístico, la independencia total de España y los distintos grupos y plumas que sostuvieron este debate son descritos ágilmente por Humberto López Morales.

Esta primera parte se cierra con la presencia de África en América y con la del español en Filipinas y en Guinea Ecuatorial. En el primer caso, se trata de una lista larga de africanismos que desaparecieron con el tiempo y una revisión a las sociedades o comunas negroides que dejaron huella en el español; en el segundo, de dos países alejados territorialmente pero que



Imágenes: Thinkstock



Humberto López Morales
La andadura del español por el mundo
 México, Taurus, 2010, 464 pp.

comparten un elemento común: ambos dependieron de España aunque en ninguno el español se afianzó como lengua general.

La segunda parte del libro, “La situación actual”, se inicia de modo certero. Humberto López Morales intenta clarificar algunos conceptos que muchas veces se confunden entre sí: *Hispanoamérica*, que comprende los países americanos que hablan español; *Iberoamérica*, constituida por los países americanos que hablan lenguas ibero-románicas, concretamente el español y el portugués, y *Latinoamérica*, cuyo sentido semántico es confuso, pues si comprende los países americanos que hablan una lengua neolatina, se tendría que incluir a la parte francófona de Canadá, la Guyana francesa, o Haití, etcétera. Del mismo modo, el autor explica con precisión la diferencia entre *castellano* y *español*. Aunque “el uso de uno u otro término depende del ámbito geográfico, el momento histórico” (p. 187), López Morales considera que, para el lingüista, “el único término existente para denominar a la lengua general es el español”. El castellano denomina tan sólo la forma de hablar de Castilla.

A partir de aquí, el libro es profuso en estadísticas y gráficas que denotan la realidad del español en las distintas regiones y contextos en los que se habla.

Incluso ahonda en situaciones políticas y sociales que inciden directamente en la concepción que tienen los hablantes de sí mismos y de su lengua. La situación de los inmigrantes en Estados Unidos y las diversas políticas que han tratado de suprimir el avance del español como la del *English Only* —que “hacía imposible la traducción al español de documentos públicos y la continuación de una gama de servicios bilingües en el condado de Miami Dade” (p. 260)— son retratadas por López Morales por medio de datos estadísticos que afirman un crecimiento importante del español en el mundo actual.

De la comunicación marginal o fronteriza de los “cocoliches” en Argentina y Uruguay, el “lunfardo” de Argentina, el “parlache” colombiano o el “llanito” que se habla en Gibraltar, a la unificación del vocabulario del español culto, se puede ver que nuestra lengua se ha mantenido como una entidad dinámica que sigue su curso natural. Humberto López Morales ha escrito un libro lúcido y amenísimo que, según el acta del jurado que le otorgó el premio, “ofrece una visión completa de la lengua española a lo largo de su historia y a través del vasto territorio en el que se habla [...] Da una imagen espléndida del poderío del español [...] y de su gran vitalidad” (p. 464). ▀